



LOS NIÑOS

ÉDGAR MARROQUÍN FIGUEROA

¿Quién de buena gana
No volvería a ser niño?
Ser ese motete de mantillas
que vuelve locos a sus padres.
Volver a tratar de balbucear
esas palabritas que nos enseñan
nuestros padres o algún
malcriado amigo de la familia
como por ejemplo: mamá, papá, caca.

El tiempo de infante pasa
rapidísimo, no rinde.
Pero luego viene la gateada, los prime-
ros pasos,
sobre este pobre mundo; los primeros
pasos de nuestra vida.
Los primeros años escolares en donde
muchos tendremos los mejores
recuerdos y los mejores amigos.

La mujercita jugará de casita
tratando de imitar a mamá
ponerse los zapatos de tacón alto,
peinarse en el salón, pintarse
e ir de compras a las tiendas o súper.
Y de vez en cuando regañar a los
hijos para no perder la costumbre.

El varón a la mejenga, a encumbrar
el papalote, jugar a las bolinchas,
el quedó y tantos otros juegos
dependiendo de el número, el lugar
y las circunstancias.

Tendremos la cara sucia, el pantalón
roto, la camisa con uno o más botones
menos,
la sonrisa espontánea y sincera; la mi-
rada
con la picardía traviesa y nuestros te-
soros
en las bolsas del pantalón,
la bolincha que más bolinchas ganó,
la piedra con partículas de oro,
ese pedazo de alambre de cobre que nos
ha dado muchas salvadas, al estilo Mc
Giver
el recorte del periódico con la foto
de una muchacha bonita, la estampilla
con un avión de guerra y ese mecate
de los mil y un usos.

¡Salud Niños!
para aquellos que no saben
de tristezas, hambres y dolores,
que sus juegos son el trabajo o pedir
limosna

que son explotados por propios o ajenos
que son angelitos que dios
nos manda para que cuidemos.
Bien, bien vale la pena en volver
a ser niños para no saber de hipocrecías,
política y corrupción;

para olvidarnos de esta sociedad
tan ingrata, ciega y necia.
Ojalá pudiéramos volver a ser niños
y vivir eternamente siendo niños.